

DESPUÉS DE LA TORMENTA. ACCIÓN POLÍTICA Y CULTURAL DE LOS INTELECTUALES CATÓLICOS ENTRE 1956 Y 1962

JAVIER MUÑOZ SORO
Universidad Complutense de Madrid
jmsoro@cps.ucm.es

(Recepción: 07/11/2011; Revisión: 13/01/2012; Aceptación: 27/04/2012; Publicación: 28/12/2012)

1. INTRODUCCIÓN: DOS PROYECTOS Y UN DESTINO.—2. LA VICTORIA PÍRRICA DE LOS CATÓLICOS «COMPENSIVOS».—3. UNA DERROTA PREÑADA DE FUTURO.—4. LOS OTROS Y NOSOTROS.—5. LOS MEDIOS Y LOS FINES.—6. CONCLUSIONES.—7. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

Tras el cese de Rafael Calvo Serer en 1953 y la salida del gobierno de Joaquín Ruiz-Giménez en 1956 la confrontación entre los dos grupos de intelectuales católicos continuó varios años más, en un intento de reconstruir las posiciones perdidas a través de tres vías: unidad, institucionalización del régimen e impulso a la acción cultural. Sin embargo, cada vez se haría más evidente la desintegración y pérdida de peso político de ambos grupos intelectuales, incluso de los monárquicos autoritarios vinculados al Opus Dei, pese a colocar a uno de sus miembros en el gobierno en febrero de 1957. El retraimiento cultural del régimen acabaría por alejar de él precisamente a los protagonistas de la polémica, aunque para ello aún tendrían que llegar fuertes desafíos a la legitimidad del franquismo procedentes de la Europa democrática, la Santa Sede y las movilizaciones obreras en 1962.

Palabras clave: España; franquismo; catolicismo; Opus Dei; intelectuales.

AFTER THE STORM. POLITICAL AND CULTURAL ACTION OF CATHOLIC INTELLECTUALS BETWEEN 1956 AND 1962

ABSTRACT

After the dismissal of Rafael Calvo Serer in 1953 and the Minister Joaquín Ruiz-Giménez in 1956, the confrontation between the two groups of Catholic intellectuals continued for several years in an attempt to recover their lost positions by focusing on the three strategies of unity, institutionalization of the regime and cultural initiatives. However, what would soon become more evident was the disintegration and loss of political weight of both groups of intellectuals, including the authoritarian royalists linked to Opus Dei, even though they were able to place some of their members in government in February 1957. The institutional and cultural stagnation of the Franco regime was to alienate these two protagonists of the controversy, in spite of the increasingly strong challenges to the legitimacy of Franco from liberal-democratic Europe, the Holy See and from the workers' strikes in 1962.

Key words: Spain; franco regime; catholicism; Opus Dei; intellectuals.

* * *

1. INTRODUCCIÓN: DOS PROYECTOS Y UN DESTINO (1)

De cara al futuro no se trata ya de resistir, sino de edificar. De ocupar sencillamente, por propio derecho, el puesto de dirección que al cristiano corresponde en la vida colectiva. En España, concretamente, a esa razón se unen otras: victoria en una guerra justa, empuje de las minorías intelectuales católicas, vigencia operativa de la tradición religiosa en los más amplios sectores del pueblo (2).

(...) al regreso, ya tranquilo, ocupo mi asiento en primera fila de tendido, y contemplo el ruedo donde hemos gastado unos años de ilusiones y fantasías. En realidad estamos en 1937 ó 1939 ó 1945. Todo es uno y lo mismo, como decía no sé si Parménides (3).

Era el otoño de 1956, pocos meses después del cese en febrero de Joaquín Ruiz-Giménez y Raimundo Fernández Cuesta, respectivamente ministro de

(1) Trabajo realizado en el marco del proyecto de investigación HAR 2008-05949/His. El presente estudio utiliza documentación inédita o solo recientemente publicada procedente del Fondo Florentino Pérez Embid (FPE) conservado en el Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN), y del archivo personal de Joaquín Ruiz-Giménez (AJRG) depositado recientemente en la Universidad Carlos III de Madrid. Varios documentos fueron ya publicados por IGLESIAS DE USSEL (2006) a partir del archivo personal de Alfredo Sánchez Bella (ASB), aunque sin citar su procedencia.

(2) PÉREZ EMBID (1956): 153-154, citado en MOYA (1984): 140.

(3) Carta de A. Tovar a J. Ruiz-Giménez, Salamanca, 21-9-1956. AJRG.

Educación Nacional y secretario general del Movimiento, y unos meses antes del cambio de gobierno que en febrero de 1957 dio entrada a los que pronto serían conocidos como «tecnócratas», muchos de ellos pertenecientes al instituto religioso Opus Dei. Dos estados de ánimo, fruto de los acontecimientos de esos meses convulsos, y dos proyectos políticos en estadios distintos de su evolución.

En la primera de las citas, Florentino Pérez Embid, director general de Información entre 1951 y 1957, exsecretario de la revista *Arbor* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y presidente del Ateneo de Madrid, los dos bastiones del grupo intelectual monárquico ligado al Opus Dei, mostraba su optimismo ante el horizonte que se abría para las vanguardias intelectuales católicas, gracias a la recristianización social que una guerra justa había hecho posible. En la segunda Antonio Tovar, de regreso en Madrid tras unos meses de estancia en el extranjero tras su dimisión como rector de la Universidad de Salamanca, se lamentaba del nuevo fracaso del proyecto falangista recordando lo ocurrido en 1937 con el decreto de unificación de Falange Española Tradicionalista (FET), entre 1939 y 1941 con la crisis que había supuesto la salida de Serrano Suñer del Ministerio del Interior, junto a la de Dionisio Ridruejo y la suya propia del aparato de propaganda del régimen, o en 1945 con la desaparición de la Secretaría General del Movimiento y la marginación de los falangistas tras la derrota del Eje.

Veinte años después, los dos proyectos políticos seguían enfrentados, como ha escrito Ismael Saz (4). De hecho, en la última década, lejos de amainar el enfrentamiento no había dejado de acentuarse hasta explotar en una larga crisis que, comenzada en 1954, no se resolvería, al menos aparentemente, hasta febrero de 1957. La propuesta «comprensiva», como la había definido Dionisio Ridruejo (5), puso en el mismo lado a sus promotores originarios, el grupo de intelectuales falangistas reunidos desde los primeros años cuarenta en torno a la revista *Escorial*, al Instituto de Estudios Políticos (IEP), a las jóvenes generaciones de intelectuales falangistas que colaboraban en revistas como *Alfárez*, *Laye* o *Alcalá* del Sindicato Español Universitario (SEU) e, incluso, al secretario general Fernández Cuesta, pese a las reticencias que la ambición del proyecto suscitaba en las más prosaicas y burocratizadas filas de la Falange «oficial».

Pero lo más llamativo, y lo que más ha confundido a los historiadores (6), fue el apoyo que recibió de una parte de la Acción Católica (AC) y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), que controlaban plataformas de acción cultural como el Instituto de Cultura Hispánica (ICH), además de sus propias editoriales y periódicos. En particular de Ruiz-Giménez, quien puso

(4) SAZ (2003 y 2007).

(5) «Excluyentes y comprensivos», *Revista*, 17-4-1952.

(6) TUSELL (1984). Sobre el contenido del proyecto, JULIÁ (2002). Sobre el SEU y las revistas universitarias, CARNICER (1996), GRACIA (1996) y MUÑOZ SORO (2008).

todo su empeño —que no era poco— para hacer del «proyecto comprensivo» todo un programa de regeneración y relegitimación de la dictadura, lo cual demostraba que no quería convertirla en otra cosa distinta. Sería con su derrota política cuando los intelectuales falangistas vieron desvanecerse las últimas ilusiones de transformación social que para ellos había representado el «Nuevo Estado» —y que, como escribió el más lúcido de ellos, Ridruejo, tenían como reverso el terror (7)— y los católicos propagandistas frustrarse sus propuestas de institucionalización, a pesar de su aportación decisiva en la difícil coyuntura de 1945 y a éxitos como el Concordato de 1953. Pero, como trataré de demostrar a lo largo del artículo, aún pasarían varios años para que algunos de esos intelectuales falangistas y católicos se alejen del régimen que habían contribuido a construir.

En el otro lado se situaron los católicos monárquicos, autoritarios y reaccionarios, herederos del grupo-revista *Acción Española*, autodefinidos ideológicamente como la «tercera fuerza» y generacionalmente como la «generación del 48», muchos de ellos miembros del Opus Dei y bien situados en el CSIC y su revista *Arbor*, junto a otras plataformas intelectuales como el Ateneo de Madrid (8). Contaron con el apoyo más o menos explícito de la jerarquía eclesiástica —con gran disgusto de Ruiz-Giménez— y del ejército, con la ventaja añadida de que uno de sus miembros más destacados era el general Vigón, pero también con el silencio de algunos destacados miembros de la propia ACNP, como de Fernando Martín Sánchez-Juliá o el propio Herrera Oria (9).

El enfrentamiento alcanzó una visibilidad sin precedentes y los dos grupos empezaron a verse más como enemigos que como rivales, llegando a considerarse mutuamente excluyentes desde la autopercepción de bloques monolíticos contrapuestos. La crisis de 1956 demostró que la síntesis española y eterna, nacional y católica a la que aspiraban tanto los falangistas como los distintos grupos católicos, una síntesis ideológica con vocación de hegemonía cultural y política, no iba a ser posible, sobre todo en la versión «comprensiva». El enfrentamiento entre los dos proyectos de institucionalización seguiría hasta el final de la dictadura, pues en ningún caso lograron imponerse totalmente sobre los proyectos alternativos, ni alcanzar las propias expectativas iniciales. Sin embargo, las crisis política de 1956 y 1957, al igual que las anteriores y posteriores, serían pasos sucesivos hacia otra clase de síntesis: la de un régimen que se construía asimilando las aportaciones de sus distintos componentes, depurando sus tendencias más radicales y renovando sus fuentes de legitimidad, aunque fuera perdiendo importantes piezas por el camino y sin dejar de recurrir a la violencia ante los desafíos externos.

(7) RIDRUEJO (2007): 24.

(8) CUEVAS (2005): 188-207. Ver el artículo de Sara Prades en este mismo monográfico.

(9) Sobre la ambigua, cuando no hostil, acogida del proyecto dentro de la ACNP, ver MONTERO (2001): 120 y ss.

En ese proceso no cabe duda de que la aportación de los llamados «tecnócratas» fue decisiva, lo cual no significa que la institucionalización fuera monopolio suyo ni que, aun conteniendo elementos «aperturistas» en el sentido estricto de la palabra, pudiera identificarse con posiciones reformistas o, mucho menos, liberalizadoras. En los dos proyectos institucionales hubo elementos de modernización del Estado y de cambio respecto a la situación anterior, pero estaban dirigidos a la legitimación y continuidad de la dictadura, excluyendo explícitamente la democracia parlamentaria, los partidos políticos y la separación de poderes. Como ha señalado Nicolás Sesma, tanto los tecnócratas como los falangistas defendían una cierta racionalización de la administración del Estado, por lo que su rivalidad se planteó más bien en torno a quién iba a controlarla y capitalizarla políticamente (10).

Por otra parte, la ofensiva contra los proyectos de Arrese se saldó con una pérdida de peso relativo de Falange, pero en ningún caso se trató de una derrota definitiva, y si alguien lo había creído pronto llegó el estancamiento de los proyectos monárquicos desde 1958 y el cambio de gobierno de 1962 para desmentirlo. De ahí que varios estudios recientes hayan recordado algo que entonces se sabía muy bien: la importancia que seguían teniendo las redes de poder territorial del falangismo y su utilidad para Franco a la hora de asegurar su primacía. Los proyectos de institucionalización impulsados por Solís, Fraga o Herrero Tejedor, así como la actividad del resucitado Consejo Nacional del Movimiento en la última fase de la dictadura son buena prueba de ello (11).

La institucionalización, con su exigencia básica de unidad, era una meta que nunca podría alcanzarse plenamente por la propia naturaleza del régimen, y por eso su búsqueda como fuente de legitimidad que se proyectaba hacia el futuro —legitimidad «de ejercicio» en la terminología weberiana (12)— marcó la historia del franquismo. Si algo caracterizó a esa búsqueda después de 1956 fue la diferente manera de concebir la acción política y cultural, que es el tema del presente artículo. Los intelectuales enfrentados por la polémica cultural de los años cincuenta sufrieron sendas y sucesivas derrotas, pero no por ello cesaron en su empeño en los años siguientes, algo que ya señaló Tusell y ha confirmado con abundante documentación Iglesias de Ussel (13). Por lo menos hasta 1962, cuando varios acontecimientos pusieron a dura prueba la legitimidad interior e internacional del régimen: la oleada de huelgas obreras, su represión, sobre todo en Asturias, y la consiguiente campaña mundial de protestas; el encuentro de la oposición interior y exterior en Munich con motivo de la solicitud española de conversaciones con el Mercado Común Europeo, o la apertura de las sesiones del Concilio Vaticano II.

(10) SESMA (2009): 3.

(11) MOLINERO e YSÁS (2008) y GONZÁLEZ (2011).

(12) WEBER (1979).

(13) TUSELL (1984); IGLESIAS DE USSEL (2006).

Lo que me interesa analizar aquí es la función que desempeñó y las formas que adquirió la acción intelectual en ese periodo todavía indefinido para la historiografía que fue de 1956 a 1962, es decir, con la inevitable simplificación de las fechas canónicas, del apogeo del nacionalcatolicismo y su polémica cultural con el falangismo al despegue de la autocrítica católica, la movilización social y la protesta contra la dictadura. Un periodo que suele definirse por el triunfo de la tecnocracia y su pretensión de asepsia ideológica, no porque esta fuera cierta, evidentemente, sino porque no volvería a repetirse una polémica intramuros del sistema que pusiera en discusión sus fundamentos ideológicos y simbólicos. La nueva elite en el poder abordaría la modernización del Estado tratando de no remover sus fundamentos ideológicos ni disparar de nuevo el enfrentamiento entre los distintos sectores, mientras el neofalangismo seguía apelando a la primacía de lo político, pero ya no en clave de «sacralización» de la política, sino de retórica populista, como su propia vía a la modernidad. Para ambas culturas políticas, la nacionalcatólica y la falangista, esa marcha hacia la modernidad se llevaría a cabo bajo la enseña de la continuidad, se llamara esta institucionalización o «desarrollo político», sin que por ello dejara de provocar rupturas dentro de sus respectivos universos simbólicos (14). Es lo que Santos Juliá ha llamado «el final de los grandes relatos» y de una reflexión esencialista sobre la historia de España que había caracterizado una larga tradición intelectual (15).

Las sucesivas crisis de 1953, 1956 y 1957 provocaron el desmantelamiento de los equipos intelectuales enfrentados, y cuando los intentos para su reconstrucción llegaron a puerto ya no serían iguales a los anteriores, ni por la nómina de sus miembros ni por sus contenidos, aunque el objetivo siguiera siendo la relegitimación del régimen franquista. Fue la señal de salida de itinerarios intelectuales distintos y a menudo divergentes, que llevarían a muchos de esos intelectuales «funcionarios» a recobrar su condición de «militantes», aunque ese redescubrimiento de la tarea del intelectual católico se hiciera ya en nombre de otro tipo de «compromiso» (16). Nuevas formas de acción cultural, como el periodismo favorecido por la Ley de Prensa e Imprenta de 1966, o la decadencia de plataformas intelectuales del régimen como el IEP o el ICH, a favor de políticas culturales de carácter burocrático y modernizador, como las desarrolladas por Fraga Iribarne desde el Ministerio de Información y Turismo, fueron otros factores que contribuyeron a esa transición de la función social del intelectual desde finales de los años cincuenta. Pero lo que no dejó de crecer fue la sensación por parte de los intelectuales franquistas más activos de que su acción era puramente defensiva y de que estaban perdiendo la batalla de la cultura.

(14) CAÑELLAS (2011), FERNÁNDEZ DE LA MORA (1995). Ver el artículo de Pedro C. González Cuevas en este monográfico.

(15) JULIÁ (2004); VARELA (1999).

(16) Utilizo los conceptos de «intelectuales funcionarios» y «militantes» siguiendo a ISNENGI (1979).

2. LA VICTORIA PÍRRICA DE LOS CATÓLICOS «COMPENSIVOS»

Si la principal característica de la polémica cultural de los años cincuenta fue su visibilidad, no menos visibles fueron sus consecuencias políticas, tanto que pocas veces resultó más adecuado hablar de «derrotas» y «victorias» que iban más allá de los cambios ministeriales y de las páginas del *Boletín Oficial del Estado*, que era donde se hacía política durante la dictadura (17). Ese enfrentamiento puede verse como un incidente de alcance limitado, que afectó solo a una restringida elite universitaria e intelectual, y que en ningún caso puso en peligro la estabilidad del sistema. Sin embargo, con ser esto cierto, lo es también que sus protagonistas lo vivieron como algo traumático y que sus consecuencias a largo plazo serían insospechadamente más profundas de lo que pudo parecer en un primer momento. No es extraño que el entonces ministro de Trabajo, José Antonio Girón, mostrara a Franco su asombro porque «pequeños incidentes, minúsculos si se comparan con los que es capaz de resistir un país fuerte, descomponen, enervan y hasta «histerizan» el ambiente español» (18).

Ruiz-Giménez había sentido su cese en febrero de 1956 como algo «lacerante» por la actitud de personas y grupos que suponía cercanos, y durante los meses siguientes se refugió en una actitud de apartamiento, aunque ello no significaría en ningún caso una ruptura con el régimen. La descomposición de su equipo fue inmediata. Logró que Joaquín Pérez Villanueva fuera nombrado director del Colegio de España en París (19); hizo gestiones a petición de Francisco Sintés para un cargo en el Estado Mayor del Ejército (20); Manuel Fraga Iribarne entró como subdirector del IEP, pues había sido imposible auparle a la dirección (21); a Ángel Antonio Lago Carballo, tras su cese en el Colegio Mayor «Cisneros», le buscó acomodo en el Ministerio de Asuntos Exteriores (22), y Alfredo Sánchez Bella dejó el ICH para irse de embajador a la República Dominicana.

También los rectores de las universidades de Madrid y Salamanca, Pedro Laín Entralgo y Antonio Tovar, regresaron a sus cátedras y el segundo marchó pronto a Argentina y Estados Unidos porque, como escribía Ruiz-Giménez solicitando ayuda a Alfredo Sánchez Bella, «me parece convenientísimo el que se pasen una temporada fuera de España, no solo para sosegar el ánimo y ver las cosas con otra perspectiva, sino para librarles de la acción psicológica de

(17) El enfoque de las sucesivas derrotas políticas en JULIÁ (2004): 396-398. De victorias «de decreto y Boletín» hablaba Antonio Fontán a Pérez Embid en carta del 19-5-1958, en DÍAZ y DE MEER (2010): 112-113.

(18) Carta de A. Girón a Franco, Madrid, 19-4-1956, citada en LÓPEZ RODÓ (1990): 41.

(19) Carta de J. Ruiz-Giménez a J.M. de Areilza, Madrid, 24-1-1957. AJRG.

(20) Carta de F. Sintés a J. Ruiz-Giménez, Madrid, 21-6-1956. AJRG.

(21) Carta de L. Carrero Blanco a J. Ruiz-Giménez, Madrid, 5-7-1956. AJRG.

(22) Cartas de J. Ruiz-Giménez a M. Romero de Lema, Madrid, 6 y 16-7-1956. AJRG.

este ambiente y de la atención de algunos de sus amigos indiscretos» (23). A su vuelta a Madrid, en una cena-homenaje convocada por esos amigos más o menos indiscretos, Tovar culparía de su cese al nuevo ministro de Educación, Jesús Rubio, tanto por no defenderle de las acusaciones de Jorge Vigón, quien le había llamado «afrancesado» durante una conferencia en el Ateneo de Madrid, como por no apoyar sus planes para los estudios salmantinos (24). Por su parte, en los meses siguientes, Laín se mostró «deseoso de salir de su aislamiento y de brindar colaboraciones constructivas», pero «en una línea de amplitud de espíritu a la que no renuncia, ni nosotros —escribía Ruiz-Giménez— debemos renunciar tampoco» (25).

Un año y medio después, en junio de 1958, Tovar escribía a Ruiz-Giménez felicitándole por su continuidad en el Consejo Nacional del Movimiento, «por lo que significa», al mismo tiempo que comentaba su exclusión y la de Laín. Admitía que «ya estaba fuera del castillo cuando entré contigo a hacer de rector. Para mí ha sido la última concesión. Estoy fuera, y fuera además de toda política, con una carga de escepticismo y desilusión que busca su compensación en el trabajo personal» (26). Que estuviera fuera del «castillo» no significaba ni mucho menos abrazar la causa de la democracia liberal y, así, al ser interrogado por su filiación política al entrar en los EE. UU., Tovar había contestado: «como es natural, falangista». Una anécdota que había dado motivo para un artículo laudatorio de Antonio Correa Veglison en *Arriba* y este, a su vez, para una carta de Ruiz-Giménez, a quien había encantado «por su fondo y por su forma» y, sobre todo, por «la gallardía y la nobleza» (27).

En cuanto a Dionisio Ridruejo, quien había apoyado desde fuera la gestión de Ruiz-Giménez, se lamentaba con este de que «acaso involuntariamente he contribuido a que la experiencia haya sido breve y en ese sentido lo siento» (28). Pero en 1957 ya había cruzado el Rubicón, fundando un clandestino Partido Social de Acción Democrática (PSAD), y en una entrevista que concedió en abril de ese año a la revista cubana *Bohemia* afirmaba nada menos que, «al cabo de tantos años, muchos de los que fuimos vencedores nos sentimos vencidos. Queremos serlo» (29). Un episodio que provocaría un choque entre amigos suyos como Pérez Villanueva, Laín, Aranguren o Rodrigo Uría a la hora de firmar un escrito solicitando su libertad. A Ruiz-Giménez le había parecido un gesto «lamentable» y «suicida», pero no por eso dejaba de tener en cuenta que

(23) Carta de J. Ruiz-Giménez a A. Sánchez Bella, Madrid, 10-5-1957. AJRG.

(24) *Palabras de Antonio Tovar en la cena que le ofrecimos como homenaje sus amigos, al cesar del Rectorado*, octubre 1956. AJRG.

(25) Cartas de J. Ruiz-Giménez a A. Sánchez Bella, Madrid, 5-3 y 20-7-1957. AJRG.

(26) Carta de A. Tovar a J. Ruiz-Giménez, San Miguel de Tucumán, 22-6-1958. AJRG.

(27) A.F. Correa Veglison, «Nada menos que un falangista», y carta de J. Ruiz-Giménez a A.F. Correa Veglison, Madrid, 32-8-1956. AJRG.

(28) Carta de D. Ridruejo a J. Ruiz-Giménez, Madrid, s/f (1956). AJRG.

(29) MORENTE (2006): 463.

el de Ridruejo «se estima en otros muchos ambientes, sobre todo en los más jóvenes, de Falange o no, como el único gesto gallardo y español de los últimos tiempos» (30). Tal era el panorama tras la tormenta de febrero de 1956, con Ruiz-Giménez «dentro de la nave», aunque «de la nave apenas sí quedan tablas sueltas sobre las aguas» (31), con Laín ensimismado, Tovar fuera del castillo y Ridruejo ya en la oposición democrática.

Un año más tarde, en el análisis del cambio de gobierno de febrero de 1957 que Ruiz-Giménez hizo a su amigo Sánchez Bella, no se le ocultaba que, si bien «el Gobierno ha querido poner la reordenación económica en primer plano y dejar en la penumbra todo el aspecto político del relevo», en este había «dos fuerzas sociales o políticas beneficiadas directamente», que eran el ejército y «la tendencia monárquica o monarquizante “antiliberal” de Jorge Vigón y de los amigos de López Rodó». Los perdedores eran ellos, la «Falange más política y revolucionaria, y el sector de Acción Católica», hasta el punto de que la apreciación general era «que “FET y de las JONS”, como tal, ha muerto o, al menos, ha entrado en un gravísimo colapso, mientras reaparecen, más o menos descaradamente, algunos de los viejos rótulos: el principal de ellos “Acción Española”». La incógnita estaba en saber «si eso no producirá de nuevo un choque dentro del Gobierno, porque Jorge Vigón y sus amigos parecen pensar que su entrada en el equipo no es más que la primera etapa de una marcha más rápida hacia objetivos más amplios» y, según Ruiz-Giménez, «no me extrañaría que estuvieran ya pasando la raya puesta mentalmente por el Caudillo para la demarcación de las actitudes de unos y otros» (32).

En junio escribía a Girón volviendo otra vez la vista hacia los acontecimientos de 1956, cuando aquel «pequeño “temblor de tierra” del antepasado febrero (que luego se ha visto que no era tan pequeño...) hizo quebrar en mi contorno y en mi interior muchas cosas» (33). Girón le respondió a su vez, aunque refiriéndose a febrero de ese mismo año, es decir, al cambio de gobierno:

Tienes razón al decir que no era tan pequeño el terremoto del pasado febrero. A los mejores augures les hubiera sido difícil vaticinar que iban a ser empresarios de aquel seísmo precursor precisamente los que conspiraban contra el Estado. Claro que esta empresa les va a salir muy mal. Se han equivocado sustancialmente porque creen de verdad que están en el poder. Y en el Poder tú y yo sabemos quien está. ¿Verdad? (34).

Ambos coincidían por tanto en el diagnóstico de la crisis: los que Girón llamaba nada menos que «conspiradores» contra el Estado entraban como ganadores un año después, si bien corrían el riesgo de minusvalorar el poder de Franco.

(30) Carta de J. Ruiz-Giménez a A. Sánchez Bella, Madrid, 10-5-1957. AJRG.

(31) Carta de J. Ruiz-Giménez a A. Sánchez Bella, 5-3-1957, Madrid. AJRG.

(32) Idem.

(33) Carta de J. Ruiz-Giménez a J.A. Girón, Salamanca, 6-6-1957. AJRG.

(34) IGLESIAS DE USSEL (2006): 49.

Para Ruiz-Giménez la derrota no significaría renuncia, más bien al contrario, pues los años siguientes desplegó una intensa actividad política dirigida a dar un renovado impulso a la unidad, la institucionalización y la relegitimación del régimen. Para ello trató de saldar su alianza con Falange, manteniendo contacto frecuente con Girón. En abril de 1957 este le escribía que «me acordaré siempre de nuestra convivencia en el Gobierno como de una de las cosas más gratas de mi experiencia política» y que su amistad estaba «por encima de todo, como un arco iris», aunque los «caprichos de la política» llegaran un día a colocarles «frente a frente» (35). Ruiz-Giménez le contestó reafirmando su «fe en todo lo sustancial» y le animaba a seguir juntos «en esta empresa que es también la «irrenunciablemente tuya»», de manera que «ninguna diferencia de modo o procedimiento podrá escindir una compenetración existente entre quienes vivimos unidos la tremenda y decisiva experiencia de 1936 y hemos compartido y seguimos viviendo en el mismo anhelo de una España distinta, soñada y querida con toda el alma» (36).

También se acercó por entonces al nuevo secretario general del Movimiento, José Solís, si bien en un primer momento había interpretado su nombramiento como el de «un “despolitizador” del Movimiento», cuya «función sería poner en primer término el aspecto económico-social o sindical y dejar entre paréntesis todas las demás ilusiones o esperanzas políticas de Falange». En cuanto a José Luis Arrese, que ahora pasaba de la Secretaría General del Movimiento al Ministerio de la Vivienda, Ruiz-Giménez le había dado su «adhesión no solo a tu persona, sino también a cuanto espiritualmente representas» (37), aunque tras una larga conversación le defraudó constatar que había «mucho más aproximación de lo que pensaba» entre él y Jorge Vigón, ministro de Obras Públicas y miembro destacado de la «tercera fuerza» (38).

Como no podía ser menos, Ruiz-Giménez intentaba rehacer «la unidad muy maltrecha integrando los valores más sustanciales del 18 de julio y a las fuerzas que entonces se agruparon con la intención de fundirse y que hoy en cambio tratan de recuperar sus perfiles, si no antagónicos, por lo menos dispares» (39). Abogó por la reconstrucción de un «frente amplio», manteniendo «una solidaridad espiritual, la del 18 de julio, sin angosturas ni desalientos» y un «contacto no conspiratorio ni clandestino, sino limpio y claro, con conocimiento expreso del Jefe del Estado». Dicho frente podía incluir también a los monárquicos moderados, aquellos que, a causa de las «mismas exageraciones de algunos de los nuevos colaboradores de la nueva situación» —en referencia al grupo de Calvo Serer— se mostraban ahora más «favorables a la actitud de mayor am-

(35) Carta de J.A. Girón a J. Ruiz-Giménez, Fuengirola, 19-4-1957. AJRG.

(36) Carta de J. Ruiz-Giménez a J.A. Girón, Salamanca, 6-6-1957. AJRG. Subrayado en el original.

(37) ARRESE (1982): 140.

(38) Carta de J. Ruiz-Giménez a A. Sánchez Bella, Madrid, 5-3-1957. AJRG.

(39) Carta de J. Ruiz-Giménez a A. Sánchez Bella, Madrid, 10-5-1957. AJRG.

plitud de espíritu que de alguna forma u otra nosotros hemos querido encarnar», aunque en ningún caso se ponía a la monarquía en «el centro de gravedad del actual momento histórico». Con ser importante, no era en esos momentos el tema fundamental, sino conducir el régimen hacia una «evolución desde dentro, con autenticidad y con fidelidad a todas las creencias esenciales del año 36», así como «la vigorización de las instituciones del régimen en el sentido de hacerlas flexibles y permeables al diálogo entre la Nación y el Gobierno», mediante una nueva ley de prensa y formas de representación dentro del Movimiento (dejando claro que «al hablar de representación no tengo la menor proclividad democrática») (40).

Sin embargo, sus esperanzas quedarían otra vez defraudadas por el curso de los acontecimientos y, a finales de 1959, se lamentaba de que:

...los meses —y los años— pasan sin que se afronte la revigorización de las instituciones (sobre todo las Cortes y los diferentes Consejos —de Economía, etc.—) y la formación de cuadros dirigentes, que puedan consolidar una gran política nacional y «estabilizar» (en la medida en que sea humanamente posible) la estructura y la acción futura del Régimen, con flexibilidad histórica y amplitud de espíritu. Y si eso no se logra, con Leyes de Sucesión o sin ellas, el futuro será áspero y triste (41).

3. UNA DERROTA PREÑADA DE FUTURO

No menos desolador era el balance que habían hecho los enemigos de Ruiz-Giménez tras la reacción del Ministerio de Educación Nacional a la publicación por Rafael Calvo Serer de su ya famoso artículo en la revista *Écrits de Paris*, en septiembre de 1953, donde este «hacía una crítica fuerte de la desviación intelectual que representaba la llamada «política de mano tendida», tanto por su inspiración democrático-cristiana, como por sus claras consecuencias republicanzantes». El Ministerio «había procedido a una serie de destituciones que alcanzaron no solamente al autor de tal artículo, sino a otros muchos dirigentes de aquel movimiento cultural», una extensa nómina que, desde la perspectiva de las víctimas, reflejaba el carácter vengativo de la medida y su propósito último de acabar de raíz con todo el grupo:

En la revista *Arbor*, fueron destituidos el Director, Rafael Calvo Serer, más los dos Vicedirectores, Rafael de Balbín y Octavio Foz Gazulla, el Secretario, Florentino Pérez Embid, el Vicesecretario, Vicente Marrero, y los más caracterizados redactores, a los cuales se unió luego Hans Juretschke, Jefe de la Sección de Información Extranjera de la revista. En el Departamento de Culturas Modernas, fueron destituidos el Director, el Vicedirector, Gonzalo Fernández de la Mora, y el Secre-

(40) Idem.

(41) Carta de J. Ruiz-Giménez a A. Sánchez Bella, Madrid, 23-9-1959. AJRG.

tario, José María Desantes (...) En el Departamento de Filosofía de la Cultura, fue destituido igualmente, no solo el Director, sino también el Vicedirector, Antonio Millán Puelles, el Secretario, Miguel Siguan, y el Secretario, Dr. Heinrich Brackelmanns (42).

Además se habían suspendido las publicaciones en curso, como la edición internacional de una *Historia Mundi*, y la revista *Arbor* se había visto obligada «a cambiar violentamente de orientación, lanzándose al intento ya fracasado de neutralismo científico» (43). Así, «perdidas las posiciones anteriores», los intelectuales monárquicos reaparecerían «en un grupo que pudiéramos llamar los independientes», cuya actuación sería «más difícil y por tanto tiene que ser más difusa porque se empeñan en una labor de rectificación y reforma, lo que les lleva algunas veces a fricciones con el Régimen» (44).

Los derrotados en 1953, sin embargo, se consideraron los vencedores en 1956. Cinco años después, al volver la vista atrás, Florentino Pérez Embid afirmaba: «lo que se quiso entonces fue hacer lo posible por parar la tendencia izquierdista y republicana predominante en la Falange con una activa propaganda en la juventud. Los resultados de aquel incidente a la vista están» (45). Unos términos muy parecidos a los que utilizaba Calvo Serer al explicar los hechos a José María Pemán en 1964, recordando que «la agitación que produjimos entonces [en 1953] pareció inútil», porque «durante algunos meses se tuvo la impresión de que la Falange era más fuerte», pero entonces, ante la sorpresa de los falangistas, se produjo la primera entrevista de Juan de Borbón y Franco en la finca «Las Cabezas», en 1954, para la que «habíamos trabajado con tesón durante meses ininterrumpidamente». Con ella, «Franco había abierto un proceso en el que se intentaba o bien falangizar a la Monarquía o monarquizar a la Falange», pero «no cabe duda ninguna que después de la entrevista de «Las Cabezas» se acentuaba la presencia monárquica o la evolución monárquica del Régimen». Después de unos meses:

José Luis Arrese se emperró en una dirección falangista de tipo totalitario, asesorado — conviene tenerlo presente — por Francisco Javier Conde y también por Fraga y Jesús Fueyo, no quiso diálogo con nuestro grupo, ni con Jorge [Vigón], ni con Claudio [Ruiseñada], ni con Florentino [Pérez Embid], ni conmigo [Calvo Serer], y entonces montamos la oposición a las Leyes totalitarias, a las Leyes falangistas, que eran la expresión de una profunda crisis dentro del Régimen y que nosotros evidentemente habíamos provocado. Habíamos lanzado ya prácticamente

(42) *Nota sobre el movimiento intelectual de la revista «Arbor», 1-2-1955*. FPE, AGUN, 113/046. En gran parte de los informes reservados del fondo no aparece la firma o nombre del autor, de manera que serán atribuidos indistintamente al grupo de Pérez Embid y Calvo Serer, excepto cuando conste la autoría de uno de los dos.

(43) DÍAZ (2008): 529-570; MARRERO (1961): 568.

(44) *La situación política española, a mediados de 1961*. AGUN, 003/116/052.

(45) *Idem*.

fuera del Régimen a los amigos y colaboradores de Joaquín Ruiz Jiménez [*sic*] que venían de la Falange, como eran Pedro Laín y Dionisio Ridruejo (46).

Con su megalomanía habitual, Calvo Serer se atribuía el hundimiento de los proyectos de Arrese, que se debía mucho más a la intervención de Iturmendi (asesorado por López Rodó), Martín Artajo o la jerarquía eclesiástica (47). Además, la entrada de Jorge Vigón en el gobierno en febrero de 1957 parecía abrir grandes perspectivas para el grupo que, sin embargo, pronto quedaron defraudadas por su actitud excesivamente profranquista. Años después, Calvo Serer reconocía que «me equivoqué con respecto al rendimiento político de Jorge Vigón» y «todos tenemos el disgusto consiguiente», pero era un hecho «que con su entrada se acentuó la defalangización del Régimen y la monarquización del Estado», como demostró la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento promulgada el 17 de mayo de 1958, cuyo anteproyecto había sido redactado por López Rodó y Fernández de la Mora (48). Pero el resto del plan institucionalizador, en particular una Ley Orgánica del Estado y un Fuero de la Corona, quedaron empantanados aquel mismo verano, y un año después parecían haberse evaporado todas las expectativas:

Quando se constituyó el actual Gobierno (febrero de 1957) los nuevos hombres despertaron unas esperanzas que hoy se has desvanecido por completo. La conciencia pública ha vuelto a cargarse de irritación y de seria agresividad. A partir de julio de 1957, durante doce meses, el Régimen ha venido reiterando la promesa de unas nuevas Leyes Fundamentales que habían de convertirlo en Estado de Derecho, dando una salida jurídica al sistema de mando personal absoluto (...) Desde entonces, Franco no ha vuelto a hablar para nada de tal cuestión (49).

Es significativo que Calvo Serer y Ruiz-Giménez coincidieran a la hora de enjuiciar tan negativamente el rumbo emprendido por el gobierno desde 1957. El primero cargaba aún más las tintas al retratar un panorama desolador que rozaba lo catastrófico, en el cual «la fachada del régimen franquista sigue en pie porque en esta nueva situación de debilidad nadie se ha decidido todavía a darle un empujón», por ejemplo «alguien con autoridad moral que dijera —en voz alta y aguantando— lo mismo que todo el mundo piensa, sabe y dice en privado acerca de la incompetencia, la corrupción y la estupidez actuales del tinglado», sostenido por el ejército, las fuerzas del orden público y el miedo (50). Al final

(46) *Esquema para una acción política inmediata (La experiencia de veinte años)*, s/f (1964). AGUN, 003/116/002.

(47) LÓPEZ RODÓ (1977): 128-135; ARRESE (1982): 181-189; TUSELL (1984): 397-421.

(48) *Esquema para una acción política inmediata (La experiencia de veinte años)*, s/f (1964). AGUN, 003/116/002. Sobre la Ley de Principios Fundamentales, ver LÓPEZ RODÓ (1990): 112, y GONZÁLEZ DE LA MORA (1995): 102.

(49) *Las dificultades económicas y la crisis del régimen*, Madrid, 21-12-1958. AGUN, 003/154/001.

(50) R. Calvo Serer, *La situación política en España. La acción de los monárquicos*, Lausana, 24-9-1958. AGUN, 003/115/144.

el ímpetu institucionalizador de unos y otros había sucumbido ante la apatía de Franco.

En la narración posterior de Pérez Embid, al fracaso de la alianza entre Fernández Cuesta y Ruiz-Giménez —«que creyó que en el Régimen solo se podía hacer política mediante el Partido»— en 1956 había seguido en otoño de ese año el rechazo general «de monárquicos, militares, demócratas cristianos y de la Iglesia» a los proyectos de Arrese, aparcados en enero de 1957. En febrero parecía llegado el momento de acabar con el poder de Falange, tras el cambio de gobierno y la entrada en él de Vigón, pero a este le había pasado lo mismo que a Artajo en 1945, es decir, se había distanciado de los monárquicos para acercarse a Franco. Al final, «el resultado fue similar a la suerte que corrió el proyecto Arrese. Franco metió en el cajón el proyecto el 11 de agosto de 1958 y ya no se ha vuelto apenas a hablar de él». Desde entonces el ambiente se caracterizaba por la «atonía» y por una recuperación del «predominio de la Falange», debido a que «Franco la considera como su creación e instrumento político, cuya utilidad encuentra manifiesta», para mantener «en paz a los obreros» y «para vigilar o coaccionar a los otros grupos políticos o sociales que podrían discutir [su] poderío absoluto» (51). Pérez Embid y Calvo Serer señalaban a Franco como responsable último de la situación en estos términos:

Todo el mundo empieza a pensar y a decir por todas partes, que lo que ha fracasado no es la Victoria, sino el Dictador que se aprovechó de la Victoria para montar su poder personal, que —aun reconociendo lo positivo que ha hecho y hasta una cierta dosis de patriotismo y de buena fe— ha malbaratado y destrozado la unidad moral y el entusiasmo nacional de la Victoria, y ahora a los veinte años no deja detrás de sí más que el vacío (52).

De hecho, Franco no obstaculizaba la libertad, sino el propio proyecto autoritario:

A quienes hay que salvar de Franco es, por paradójico que parezca, precisamente a los autoritaristas [*sic*] españoles; y no, naturalmente, del autoritarismo de Franco, sino de su mal gobierno, su pereza, su indiferencia, no hacia la libertad, sino hacia la corrupción. Franco debe irse (debe elevarse de un puntapié al título de Príncipe del Reino, sin otra responsabilidad que cazar y pescar) (53).

Por si no bastara, Franco estaba utilizando a grupos alternativos contra la causa de Juan de Borbón, como los alféreces provisionales o los carlistas javieristas (54). Sin embargo, por mucho que fuera el principal obstáculo, al mismo tiempo era el único camino hacia la restauración monárquica, de ahí que los monárquicos autoritarios trabajaran para lograr un acuerdo entre Franco y Juan

(51) *La situación política española, a mediados de 1961*. AGUN, 003/116/052.

(52) *Entregarse a Franco, no. Afianzar el arraigo en las fuerzas que sostienen a Franco*, Madrid, 22-11-1957. AGUN, 003/115/014.

(53) AGUN, s/f (1961 o 1962), 006/115/108.

(54) *El momento actual en España*, 1-6-1959. AGUN, 003/115/042.

de Borbón en las dos entrevistas celebradas en la finca «Las Cabezas» en 1954 y 1960. Entre medio había fracasado otra entrevista, lo que impulsó a Laureano López Rodó a escribir en noviembre de 1957 al pretendiente para transmitirle la decepción y desaliento de «los monárquicos más responsables (Vigón y los de la Asociación Amigos de Maeztu, tradicionalistas como Iturmendi y los Oriol, muchos demócratas cristianos)», mientras «el sector republicano de la Falange se ha envalentonado y creen que no tienen perdida todavía la batalla», y «los rojos exiliados y los resentidos» trataban de sacar partido. Por eso le animaba a dar nuevos pasos para el acercamiento:

No podemos consentir que la república vuelva a poner el pie en España (esta vez sería la definitiva porque ya se habría perdido la tradición monárquica) y para ello, lejos de hacerle el juego, hay que tomarle la delantera y ayudar al que está en el poder (y derribó la república, no se olvide) aunque algunos amigos se molesten: ya se les pasará, si son sinceros, cuando vean implantada la monarquía (55).

Esos amigos monárquicos podían ser los miembros del grupo Unión Española, dirigidos por Joaquín Satrústegui, «personas de lealtad probada», pero que «últimamente, quizá por inseguridad doctrinal o por buena fe», habían enlazado «con grupos o personas extremadamente dudosos (Ridruejo, elementos socializantes, o Tierno Galván, caso extremo en la España de hoy de pensamiento marxista, anticatólico y antitradicional, cuyas publicaciones y programas profesan conscientemente el materialismo dialéctico)» (56). En cualquier caso no se refería a Serer o Embid, quienes defendían la institucionalización en vida de Franco, porque si este «muriera sin preparar la sucesión, es del todo improbable que de la reunión funeraria del Consejo del Reino saliese una Monarquía; saldría la Regencia de un General. Y de unas elecciones, saldría la república, con una etapa previa de caos político» (57). Por eso los monárquicos debían constituir:

...una fuerza real, para la hora H. No importa si esto es un balón de oxígeno para Franco. Mejor. Franco tiene la llave de la puerta por la que ha de entrar la Monarquía, y a la Monarquía le conviene que Franco tenga aliento bastante para entregarle la llave, y no que se muera llevándose la llave y dejando la puerta cerrada (58).

Para la «tercera fuerza» la monarquía solo podía venir «empalmado en la tradición católica y monárquica, y apoyada por las instituciones y las fuerzas

(55) En www.zaratiegui.net; consultado el 5-11-2011.

(56) R. Calvo Serer, *La situación política en España. La acción de los monárquicos*, Lausana, 24-9-1958. AGUN, 003/115/144. Las recriminaciones subieron de tono tras la participación de Unión Española en la reunión de Munich de 1962: así, por ejemplo, en la carta de G. Fernández de la Mora a J. Satrústegui del 25-7-1962, en LÓPEZ RODÓ (1990): 338.

(57) *El momento actual en España*, 1-6-1959. AGUN, 003/115/042.

(58) *Entregarse a Franco, no. Afianzar el arraigo en las fuerzas que sostienen a Franco*, Madrid, 22-11-1957. AGUN, 003/115/014.

conservadoras, que son las que constituyeron la España Nacional el 18 de julio», abriéndose «del lado católico tradicional (tradicionalistas) y del lado social contemporáneo (generaciones jóvenes, falangistas de buena voluntad, etc.) y suprimir o reducir drásticamente la posibilidad de que se hable de contactos con los exiliados, los socialistas, los republicanos, y los «rojos» de todos los matices» (59). Su proyecto institucional, con un marcado carácter corporativo de acuerdo con la doctrina social católica, propugnaba «un sistema monárquico de autoridad, y una representación política por procedimientos más actuales que el parlamentarismo democrático y la proliferación de partidos políticos», entre otros unas Cortes que asistieran al poder político y ejecutivo, encarnado por el rey (60).

Con un lenguaje muy semejante al utilizado por Ruiz-Giménez, demandaban avanzar en un programa de «vitalización» de las instituciones, para que «el sistema representativo reconocido por las Leyes Fundamentales, sea auténtico». Y como aquel, consideraban que dicho proceso debía completarse con un nuevo Estatuto de Prensa, «porque daría un juego a las fuerzas sociales, que adquirirían por vez primera la posibilidad de expresarse y obligar al poder a dialogar» (61). Debía acabar el monopolio falangista sobre los medios de comunicación y su uso «exclusivo y partidista», el cual había permitido, en su opinión, «el rebrote de una cierta ideología liberal al amparo del prestigio de unas firmas notables o bajo la protección de quienes, como Ruiz Giménez, carentes de un programa y de una doctrina propias, llenaban su vacío mental con la colaboración oportunista de figuras que eran en el fondo radicalmente adversas al Régimen» (62). Como puede verse, los mismos instrumentos servían para fines muy distintos, que llegaron a presentarse y percibirse como excluyentes.

4. LOS OTROS Y NOSOTROS

En la caracterización de los grupos políticos e intelectuales presentes en la coalición franquista, tan importante como la conciencia de la propia situación, alianzas y objetivos, fue la percepción externa de esa misma situación, alianzas y objetivos por parte de los demás grupos aliados-rivales. De ahí que fuera habitual adjudicar rasgos e intenciones que estaban lejos de coincidir con los asumidos por los propios destinatarios, y que a veces han sido recogidos de manera poco matizada por la historiografía. Como ha escrito Ferrán Gallego, «tal visión no solo esparce una determinada deformación de las actitudes ideológicas de los distintos integrantes del régimen, sino que puede llegar a influir

(59) *La Monarquía y el Régimen de Franco*, Madrid, 16-11-1957. AGUN, 003/115/013.

(60) *Organización del poder central*, Madrid, diciembre de 1956. AGUN, 003/116/023.

(61) *Los monárquicos y el Régimen de Franco. La situación española en el otoño de 1961*. AGUN, 003/116/006.

(62) *La política de prensa*, 10-6-1957. AGUN, 003/115/012.

en la imagen que cada sector construye sobre su identidad» (63). Incluso puede servir como legitimación retroactiva, caso de los llamados «falangistas liberales», viendo en las acusaciones de los contrarios una demostración de supuestas actitudes originarias.

Es lo que ocurrió cuando los monárquicos autoritarios definieron la política llevada a cabo desde el Ministerio de Educación Nacional entre 1951 y 1956 con términos como «de mano tendida», «liberal» o «demócrata cristiana», que distorsionaban de hecho el propósito original del equipo de intelectuales falangistas y católicos liderado por Joaquín Ruiz-Giménez. Aún más, les acusaron de traicionar a los caídos en la guerra y al «espíritu del 18 de julio», como la evolución posterior de algunos de ellos pareció confirmar, según denunciaría Vicente Marrero con un lenguaje desaforado en *La guerra civil y el trust de los cerebros* en 1961 (64).

Si, como ha estudiado la psicología social, el reconocimiento «del otro» es un elemento central de la autoidentificación, toda percepción esquemática —el estereotipo— dice mucho de las características del grupo emisor. En el tema que nos ocupa, durante los años cincuenta la definición de los perfiles y la visibilidad del enfrentamiento entre dos culturas políticas que hundían sus raíces en la experiencia republicana acabó produciendo reacciones defensivas ante lo que se consideraban amenazas hacia «la integridad de lo que *un* componente *es* dentro del régimen y, como consecuencia de ello, lo que la *totalidad* del régimen *debe ser*», como ha escrito Ferrán Gallego (65).

Son significativos en ese sentido los juicios de Calvo Serer y Pérez Embid sobre el IEP. En abril de 1957 señalaban que «el Instituto —por la labor personal de su Director, por la significación política de sus miembros más caracterizados, y por la tendencia de sus publicaciones— ha sido el más enérgico foco de perturbación intelectual que España ha padecido en estos últimos años». No solo había fracasado como «instrumento para la orientación del pensamiento político español», sino que además era «responsable de un desviacionismo doctrinal muy grave», al haber «eliminado la tradición del pensamiento católico en que se inspiró el Movimiento de 1936 para sustituirla por la importación de doctrinas totalitarias europeas», lo que suponía una «extranjerización, similar técnicamente a la de Ortega y Gasset y los escritores del 98». Denunciaban que durante ese último año, bajo la dirección de Emilio Lamo de Espinosa y con Manuel Fraga de subdirector, «sustancialmente ha abandonado el trabajo intelectual, para concentrarse en la elaboración de los proyectos totalitarios de Leyes Fundamentales, que patrocinó el ministro Arrese en 1956», de manera que:

Ha ignorado la constitución de España en Reino, ha seguido propugnando medidas demagógicas de imposible realización inmediata, y cuando la fuerza de los

(63) GALLEGO (2011): 294.

(64) MARRERO (1961): 384.

(65) GALLEGO (2011): 295. Cursiva en el original.

acontecimientos le ha obligado a abandonar la orientación totalitaria, ha pasado de golpe a propugnar un liberalismo doctrinario, que es una gravísima traición doctrinal a la tradición católica (66).

Consideraban una provocación la «traducción de textos “críticos” del catolicismo, condenados por la Santa Sede», en referencia a la obra del teólogo Yves Congar *Falsas y verdaderas reformas de la Iglesia*, editada por el Instituto en 1953 y traducida por Carmen Castro, esposa de Zubiri e hija de Américo Castro, represaliada tras la guerra y a la que Ruiz-Giménez había devuelto su cátedra de instituto (67). Además sus publicaciones, en particular la *Revista de Estudios Políticos*, así como la revista *Clavileño* (68), habían «bordeado siempre los extremos más peligrosos», con artículos dedicados a Unamuno, Ortega o Baroja, y una «defensa y sistematización del ideario liberal» por autores como Menéndez Pidal, Díez del Corral, Maravall, Caro Baroja, Lafuente Ferrari o Julián Marías. Ambas revistas se habían dedicado «sistemáticamente a publicar colaboraciones de los rojos exiliados, y de todos los izquierdistas del interior», aunque en realidad solo podían contarse algunas colaboraciones ocasionales de Manuel García Pelayo, Felipe González Vicén, Tierno Galván o Germán Bleiberg. Claro que la atención que prestó *Clavileño* a la literatura del exilio, incluso con algunos textos del filósofo José Ferrater Mora y del crítico Guillermo de la Torre, solo podía interpretarse como una traición por los católicos menendezpelayistas, algo que verían confirmado a finales de 1960 cuando muchos de esos nombres aparecieran firmando una carta pública contra la censura (69).

Para el grupo de Ruiz-Giménez también estaba claro quiénes eran los enemigos a batir: los que se habían permitido romper la sagrada unidad del movimiento formado desde el mismo día del 18 de julio. Además, la interpretación política de la militancia en el Opus Dei de sus rivales les sirvió para mantener el antagonismo retórico durante los años siguientes. El padre jesuita *Eusebio Rey* —seudónimo de Emilio Rego— ironizaba con Ruiz-Giménez sobre el hecho de que la Compañía de Jesús había sido derrotada por el Opus Dei (70). Alimentándose de una arraigada mentalidad conspiratoria, tanto católicos como falangistas parecían no albergar dudas de que los miembros de la Obra actuaban siguiendo dictados incluso cuando se hizo evidente la relativa pluralidad de sus posiciones, que interpretaron como parte de una hábil estrategia para ganar posiciones de cara al futuro.

(66) *Los errores y responsabilidades. Situación actual del Instituto de Estudios Políticos*, 30-4-1957 y *Las desviaciones doctrinales anticatólicas del Instituto de Estudios Políticos*, 20-5-1958. AGUN, 003/115/144. Básicamente son dos versiones del mismo texto.

(67) MONTERO (2009): 51; GONZÁLEZ DE CARDEDAL (2010): 471.

(68) MAINER (2002).

(69) *A los Excmos. Sres. Ministros de Información y Turismo y Educación Nacional*, Madrid, 24-11-1960.

(70) Carta de *Eusebio Rey* a J. Ruiz-Giménez, Madrid, 8-3-1957. AJRG.

En el curso de los años siguientes, sin embargo, se irían abriendo líneas de fractura transversales por encima de las que hasta entonces marcaron los límites del conflicto. Alfredo Sánchez Bella, quien se lamentaba entonces de que «es horrible esa posición nuestra, de tener que luchar en la vía media» (71), pronto llegaría al borde de la ruptura personal con su viejo amigo Ruiz-Giménez (72), y años más tarde, como ministro de Información y Turismo, acabaría con el diario *Madrid* de Calvo Serer, su viejo enemigo de los tiempos del ICH y el CSIC, aunque ahora situados ambos en posiciones políticas distintas. Itinerarios intelectuales que se diversificaron a veces de manera paradójica en los años sesenta y llevaron en la década siguiente a Calvo Serer hasta las filas de la oposición antifranquista y a Fernández de la Mora a un ministerio, partiendo de una lucha común por la causa monárquica y un paralelo descubrimiento del valor del liberalismo conservador y organicista (73).

El fracaso político de los dos equipos intelectuales para imponerse en los años cincuenta contribuiría a ensanchar la fractura más profunda, la que llegaba hasta la misma esencia del régimen, es decir, la guerra y la victoria. Como reflexionaba Florentino Pérez Embid en 1961, a propósito del libro de Arthur Whitaker *España y la defensa de occidente*, la persistencia de la memoria de la guerra era culpa de los vencidos, que nunca habían aceptado su derrota. Reconocía que «España» y «anti-España» no eran los términos más conciliadores, y que «este antagonismo no puede expresarse en términos de comunismo, como Franco quisiera hacernos creer, ni en términos de catolicismo, como ciertos comentaristas antifranquistas quisieran hacernos creer», pero eso no significaba que «el antagonismo no siga existiendo». La «principal línea divisoria» pasaba «entre aquellos que están profundamente convencidos de que España no puede repetir el experimento de la República española con libertad de expresión, libertad de partidos políticos y elecciones libres sin producir otra guerra civil» (74).

5. LOS MEDIOS Y LOS FINES

Si los dos maltrechos grupos intelectuales coincidieron en su defensa de la unidad e institucionalización para superar la crisis de finales de la década de 1950, también lo hicieron al considerar la acción cultural como sustrato indispensable para el éxito de esos objetivos políticos.

(71) Carta de A. Sánchez-Bella a J. Ruiz-Giménez, Bogotá, 12-2-1962. AGUN, 015/084/206.

(72) Carta de A. Sánchez Bella a F.M. Castiella, Roma, 22-4-1964. Madrid, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, R. 29802.

(73) En sus respectivos libros *Nuevas formas de democracia y libertad* (Madrid, Editora Nacional, 1960) y *Ortega y el 98* (Madrid, Rialp, 1961).

(74) AGUN, s/f (1961 ó 1962), 003/115/108.

Así, Ruiz-Giménez mantuvo conversaciones con Martín Artajo y Blas Piñar, nuevo director del ICH, para evitar que «el instituto se desintegre definitivamente» (75). También pensó en «unas publicaciones con seriedad y altura», con Artajo, Laín, José María Oriol, Girón, Blas Piñar, José María Otero, Antonio Garrigues y «aquellos elementos más serenos y más valiosos que hicieron *Alfárez*, *Alcalá*, etc.». Entre ellas, «una serie de libros breves, un poco como realizó Acción Española en su tiempo, y hoy la Biblioteca del Pensamiento Actual» (una de las empresas culturales del Opus Dei, de ahí su interés en precisar «solo que con una orientación ideológica consecuente con el sentido unificador, realista y constructivo que importa proyectar hacia el futuro») (76). En la ponencia que redactó en 1961 para el Consejo Nacional del Movimiento sobre *La juventud española y sus inquietudes* reafirmaría una vez más la necesidad de impulsar la socialización política de las nuevas generaciones que no habían «tomado parte activa en la contienda civil de 1936 a 1939», e insatisfechas ante las estructuras políticas existentes, para «el ejercicio de la libertad en responsabilidad, que luego habrán de proyectarse a través de los cauces naturales de la democracia orgánica» (77).

Por su parte, los intelectuales monárquicos trataban de unirse y recuperar posiciones, con iniciativas como un banquete en el Hotel Ritz para la celebración del veinticinco aniversario del nacimiento de *Acción Española*, con asistencia de unos quinientos comensales, o la fundación de la Asociación de Amigos de Maeztu, presidida por Juan Claudio Ruiseñada y, tras su muerte en abril de 1958, por Pemán y el conde de Gamazo. Entre sus socios había monárquicos de solera procedentes de *Acción Española*, como el marqués de la Eliseda o Vegas Latapié, junto a los Luca de Tena, el marqués de Valdeiglesias, Vigón, Calvo Serer, Pérez Embid o Fernández de la Mora; tradicionalistas como Arauz de Robles o Lucas María de Oriol; intelectuales «puros» como Millán Puelles o Martín Almagro; publicistas como José Luis Vázquez Dodero o Vicente Marrero; y profesionales como Manzano Monis o Santiago Galindo, junto a «elementos valiosos más jóvenes» como Alfonso Osorio o García Trevijano. La asociación publicó varios trabajos, entre ellos *La instauración monárquica* de Vigón y *La Monarquía popular* de Calvo Serer, con el Portugal salazarista como modelo, además de una revista, *Reino* (78).

También para ellos la acción cultural era prioritaria, el verdadero cemento del proyecto institucional y, en su caso, garantía del arraigo futuro de la monarquía. Había que combatir el eslogan, «tanto de los propagandistas exiliados

(75) Carta de J. Ruiz-Giménez a Alfredo Sánchez Bella, Madrid, 5-10-1958. ARJG.

(76) Cartas de J. Ruiz-Giménez a Alfredo Sánchez Bella, 19-10-1957 y 28-10-57. AJRG.

(77) *La juventud española y sus inquietudes. Fórmulas de incorporación a las tareas colectivas*, 1961. AJRG.

(78) Cuyo último número salió en enero de 1958, después de que Vigón se quejara ante Ruiseñada de que la postura de la revista podía dificultar el acercamiento entre Franco y Juan de Borbón; DÍAZ y DE MEER (2010): 99 y 107.

como sus agentes en la prensa internacional», de que al Movimiento Nacional «se le han ido definitivamente los intelectuales». Por eso era «absolutamente necesario, y posible, quitarles esa base», sobre todo entre la juventud, con medidas concretas como «reforzar el prestigio universitario e intelectual de los organismos e instrumentos de propaganda del propio Movimiento», «asegurar un funcionamiento eficaz de las asociaciones estudiantiles, haciendo que el SEU pase a depender del Ministerio de Educación Nacional», y nombrar nuevos directores de *Arriba*, *Pueblo* y los más importantes periódicos y emisoras del Movimiento. Sin olvidar la reorganización a fondo del IEP, que «para tener el imprescindible prestigio en la vida intelectual necesita, sin duda, una dirección más enérgica y de más altura intelectual que la que puede imprimirle don Emilio Lamo de Espinosa» (79). En resumen, frente a una política cultural franquista caracterizada por su naturaleza represiva y defensiva, abogaban por otra activa y positiva:

La política cultural de Franco se caracteriza por su carácter negativo: la censura y el control del orden público en la Universidad. Pero no se decide por un programa positivo. El propio Franco reconoce la hostilidad de la Universidad y de los intelectuales al Régimen, pero no hace nada por atraerlos, porque ni sabe, ni quiere, ni está dispuesto a molestarse por algo que a él le parece nebuloso (80).

Tanto el proyecto de Ruiz-Giménez como el de Calvo Serer y Pérez Embid se plantearon desde un rechazo explícito a la tecnocracia, entendida como renuncia a la acción política y cultural. Así, estos últimos criticaron a «los grupos sociales políticamente inertes y sin previsión de futuro, simbolizados por los “tecnócratas”, cuya ausencia de la política real es tan peligrosa como suicida». La «actitud de asepsia política» e inmovilismo representada por «los llamados “tecnócratas”, un grupo de economistas, administrativistas y altos funcionarios», ponía del mismo lado a los enemigos irreconciliables. De manera que las sucesivas derrotas de 1953 y 1956-1957 pudieron interpretarse unos años después como los «procedimientos habituales» del régimen «para eliminar la acción política», que acabarían:

...poniendo fuera a quienes habían logrado dar cierto dinamismo a sus posiciones, especialmente Conde, Director de Estudios Políticos, a Ruiz Giménez, ministro de Educación, a Sánchez Bella, Director de Cultura Hispánica y, por último, a Calvo Serer, Director de diversos organismos culturales en el Consejo de Investigaciones Científicas y meses después a Pérez Embid, Director General de Información y Presidente del Ateneo. Todos ellos habían contribuido a darle cierta vida intelectual y política al Régimen, constituyendo un poderoso vivero para las corrientes presidencialista, constitucional o renovadora de las instituciones, respectivamente (81).

(79) *La situación en los ambientes culturales y universitarios*, 10-12-1957. AGUN, 003/115/015.

(80) *Los monárquicos y el Régimen de Franco. La situación española en el otoño de 1961*. AGUN, 003/116/006.

(81) *El Régimen de Franco ante una situación-límite (noviembre 1963)*. AGUN, 003/155.

En realidad, enfrentándose a los «problemas concretos del país», los tecnócratas llevaban a la práctica política e institucional la «España, sin problema» de Calvo Serer (82). Cuando este califique a *posteriori* la posición de López Rodó y otras «gentes salidas del grupo *Arbor*» en el gobierno como «una verdadera traición política a los propósitos originarios del grupo», se estaba refiriendo a la promoción de Juan Carlos como rey en lugar de su padre (83). Porque la racionalización administrativa y económica del Estado no era, ni mucho menos, tan contradictoria como podía parecer a primera vista con el nacionalcatolicismo, como han explicado varios autores (84), y además había modelos cercanos, como el portugués, que mostraban el camino a recorrer (85). Pero que tuviera profundas raíces en el pensamiento católico y algunos antecedentes directos (86), tampoco quiere decir que esa transición desde el integrista de la posguerra a lo que se ha llamado «modernismo tecnocrático» fuera indolora y no provocara rupturas en el campo intelectual católico. A estas se sumarían las provocadas por la evolución de la base hacia un «modernismo profético», respaldado por el *aggiornamento* de la Iglesia y pronto alineado, mayoritariamente, con el antifranquismo (87).

La opción tecnocrática no significaba una renuncia a la política, como demostró con su trayectoria López Rodó. En abril de 1958 escribía al secretario general del CSIC, José María Albareda, para volver a hacer de *Arbor* —que «ha degenerado en revista de AC»— el órgano ideológico que había sido a principios de la década (88). Tampoco la «ideología del fin de las ideologías» condujo en su versión española a nada parecido a una liberalización política de la dictadura franquista, que Gonzalo Fernández de la Mora siguió defendiendo con renovado afán incluso tras la muerte del dictador (89). De hecho, un proceso semejante tuvo lugar dentro del falangismo, en cuya cultura política también existía una tendencia tecnocrática, lo que no evitó una fuerte resistencia a los intentos de relegitimación modernizadora promovidos por la nueva generación formada en el aparato burocrático, la representada por Fraga Iribarne (90).

Ni siquiera Ruiz-Giménez y otros intelectuales católicos «desencantados» fueron ajenos al proceso, pese a su reivindicación de lo político frente al poder de la técnica (91). Su vuelta al escenario público en 1957 se había producido precisamente bajo este signo, con una conferencia titulada *La política, deber y*

(82) FERRARY (1993): 387; CALVO SERER (1963): 54-55.

(83) CALVO SERER (1977): 308.

(84) MOYA (1984): 64-154; BOTTI (1992).

(85) CAÑELLAS MAS (2011).

(86) Entre otros, la gestión del acenepista José Larraz en Hacienda entre 1939 y 1941; SESMA (2006).

(87) VÁZQUEZ (2009): 75-79.

(88) IGLESIAS DE USSSEL (2006): 102.

(89) FERNÁNDEZ DE LA MORA (1995).

(90) Sobre la modernidad y la tecnocracia en la cultura política fascista, ver GRIFFIN (2010).

(91) La idea del «desencanto» de los intelectuales políticos franquistas en OLTRA (1976): 98.

derecho del hombre, en cuya versión publicada por la *Revista de Estudios Políticos* se censuró la crítica a una «desfiguración de la política más grave a mi entender, la que pudiéramos llamar «desfiguración técnica», a veces encubierta con razones trascendentes y hasta piadosas», en clara referencia a los tecnócratas del Opus Dei (92).

A finales de ese mismo año, sin embargo, estaba planteando junto a Artajo, Sánchez Bella, Maximino Romero de Lema y otros amigos la idea de una revista o cuadernos «sobre problemas vivos y concretos de carácter económico, social, jurídico, político, científico, pero sin «ensayismo», con datos tomados de la realidad y con orientaciones fecundas para la acción». Solo así, en su opinión, se podía «ir formando un pensamiento y un grupo de hombres, que no se pierda en actitudes de retórica o en impulsos pedagógicos, sino que contribuya a crear una cierta línea de continuidad y de revolución constructiva para el inmediato futuro» (93). Ese abandono del ensayismo esencialista por parte de quien, todavía en 1963, recopilaría algunos de sus escritos bajo el título *Del ser de España*, no deja de ser significativo y tendría su plasmación aquel mismo año con la revista *Cuadernos para el Diálogo*, cuyas páginas se distinguirán por el rigor jurídico y analítico en el tratamiento de los muchos problemas de España.

6. CONCLUSIONES

Las crisis sucesivas de 1956 y 1957 pueden ser explicadas a través de una interpretación que combine y haga complementarios los factores de continuidad y discontinuidad. Existen elementos de novedad suficientes como para justificar el hecho de que en esos dos años los historiadores hayan visto una cesura en la dictadura, entre ellos el importante relevo en el personal político, la búsqueda de nuevas formas de legitimidad de ejercicio en la paz, orden y desarrollo, o los avances en el proceso de institucionalización y racionalización burocrática que permitieron evolucionar desde un «Estado de medidas» a otro de «normas», aunque quedara muy lejos de un verdadero Estado de Derecho como ya denunció en su momento Elías Díaz (94).

En ese sentido las crisis fueron, como escribieron entonces sus protagonistas, pequeños terremotos que a la larga resultaron tener consecuencias más graves de lo que había parecido en un primer momento. El enfrentamiento entre dos maneras de entender y moldear el nuevo Estado desde 1936 adquirió mayor visibilidad y se materializó en sendos proyectos político-culturales. Uno de ellos, el monárquico autoritario, del que fueron portadores más conocidos un

(92) IGLESIAS DE USSEL (2006): 46; JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ, «La política, deber y derecho del hombre», *Revista de Estudios Políticos*, 94 (1957), pp. 5-28.

(93) Cartas a Alfredo Sánchez Bella, 19-10-1957, 28-10-57 y 11/1/58. AJRG.

(94) E. DÍAZ (1966). Ver CHULIÁ (2001): 18-19.

grupo de intelectuales pertenecientes al Opus Dei, acabaría imponiéndose a costa de renunciar —como siempre sucedería en la historia del franquismo— a su «programa máximo» de hegemonía cultural e institucionalización de signo monárquico. Esa renuncia alejó a intelectuales como Rafael Calvo Serer o Florentino Pérez Embid de sus correligionarios en el gobierno, Jorge Vigón y los tecnócratas como López Rodó.

Los equipos intelectuales salieron disgregados de la crisis, y cuando volvieron a reunirse lo hicieron bajo formas distintas, como ocurrió con las revistas *Punta Europa*, *Atlántida* o *Cuadernos para el Diálogo*, o con periódicos como el renovado *Madrid*. Las cabezas más visibles de la polémica cultural de los años cincuenta siguieron con una intensa actividad durante esos años, aunque su marginación del poder fue cada vez más evidente. Su empeño por rehacer la unidad política, impulsar la institucionalización y revitalizar la vida cultural del régimen como único medio de renovar su legitimidad social y asegurar su continuidad en el futuro acabó dando paso al desencanto y a itinerarios político-intelectuales muy diferentes. La rivalidad entre los dos grandes proyectos ideológicos aún continuaría durante una década, pero sobre ella se abrieron otras fracturas más profundas que no correspondían ya a las distintas maneras de interpretar la historia patria o de concretar las instituciones que mejor encarnaban el ímpetu de renovación surgido de la guerra, sino que pondrían en cuestión las mismas bases de legitimidad del sistema.

Las alternativas simbolizadas por Joaquín Ruiz-Giménez y Rafael Calvo Serer durante los años cincuenta marcaban caminos divergentes para el futuro del régimen franquista y fueron percibidas mutuamente como excluyentes. Sin embargo, sus instrumentos político-culturales fueron semejantes y, pese a su explícito rechazo a la primacía de la razón técnica, tuvieron que adaptarse a las nuevas exigencias para la acción de los intelectuales católicos. Ambos acabaron distanciándose públicamente del franquismo durante los años sesenta, aunque en itinerarios muy distintos por sus motivaciones, sus objetivos y su relevancia social, y solo después de que llegaran desde Europa, desde el Vaticano o desde el interior del país fuertes retos a la legitimidad de la dictadura, que cambiarían el centro de gravedad político hacia la reconciliación entre los españoles.

7. BIBLIOGRAFÍA

- ARRESE, JOSÉ LUIS (1982): *Una etapa constituyente*, Barcelona, Planeta.
- BERSTEIN, SERGE, (dir.) (1999): *Les cultures politiques en France*, Paris, Le Seuil.
- BOTTI, ALFONSO (1992): *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza.
- CAÑELLAS MAS, ANTONIO (2011): *Laureano López Rodó. Biografía política de un Ministro de Franco (1920-2000)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- CALVO SERER, RAFAEL (1963): *La configuración del futuro*, Madrid, Rialp.

- (1977): *¿Hacia la tercera república española?*, Barcelona, Plaza y Janés.
- CHULIÁ, ELISA (2001): *El poder y la palabra. Prensa y poder político en las dictaduras. El régimen de Franco ante la prensa y el periodismo*, Madrid, Biblioteca Nueva-UNED.
- DÍAZ, ELÍAS (1966): *Estado de Derecho y sociedad democrática*, Madrid, Taurus.
- DÍAZ, ONÉSIMO (2008): *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Valencia, PUV.
- DÍAZ, ONÉSIMO y DE MEER, FERNANDO (2010): *Rafael Calvo Serer. La búsqueda de la libertad (1954-1988)*, Madrid, Rialp.
- FERNÁNDEZ DE LA MORA, GONZALO (1995): *Río arriba. Memorias*, Barcelona, Planeta.
- FERRARY, ÁLVARO (1993): *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*, Pamplona, Eunsa.
- GALLEGO, FERRÁN (2011): «Construyendo el pasado. La identidad del 18 de julio y la reflexión sobre la historia moderna en los años cuarenta», en FERRÁN GALLEGO y FRANCISCO MORENTE (eds.), *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Barcelona, El Viejo Topo, pp. 281-337.
- GENTILE, E. (1995): *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Roma, la Nuova Italia Scientifica.
- GONZÁLEZ CUEVAS, PEDRO CARLOS (2005): *El pensamiento político de la derecha española en el siglo xx. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000)*, Madrid, Tecnos.
- GONZÁLEZ DE CARDEDAL, OLEGARIO (2010): *La teología en España (1959-2009)*, Madrid, Encuentro.
- GONZÁLEZ MADRID, DAMIÁN A. (2011): «La banalización de FET-JONS», *Spagna Contemporanea*, 39, pp. 7-30.
- GRACIA, JORDI (1996): *Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail.
- GRIFFIN, ROGER (2010): *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal.
- IGLESIAS DE USSEL, PABLO HISPÁN (2006): *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, CEPC.
- ISNENGI, MARIO (1979): *Intelletuali militanti e intelletuali funzionari. Appunti sulla cultura fascista*, Turín, Einaudi.
- JULIÁ, SANTOS (2002): «Falange liberal o intelectuales fascistas», *Claves de la razón práctica*, 121, pp. 4-13.
- (2004): *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus.
- LÓPEZ RODÓ, LAUREANO (1990): *Memorias*, Barcelona, Plaza y Janés-Cambio 16.
- (1977): *La larga marcha hacia la Monarquía*, Barcelona, Noguer.
- MAINER, JOSÉ CARLOS (2002): «Clavileño (1950-1957) cultura de Estado bajo el franquismo», *Bulletin hispanique*, 104/2, pp. 941-963.
- MARRERO, VICENTE (1961): *La guerra española y el trust de los cerebros*, Madrid, Punta Europa.
- MOLINERO, CARMÉ e YSÀS, PERE (2008): *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica.

- MONTERO, FELICIANO (2009): *La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975)*, Madrid, Encuentro.
- MONTERO, MERCEDES (2001): *Cultura y comunicación al servicio de un régimen. Historia de la ACN de P entre 1945 y 1959*, Pamplona, Eunsa.
- MOYA, CARLOS (1984): *Señas de Leviatán. Estado nacional y sociedad industrial: España, 1936-1980*, Madrid, Alianza.
- MORENTE, FRANCISCO (2006): *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis.
- MUÑOZ SORO, JAVIER (2008): «La disidencia universitaria e intelectual», en ABDÓN MATEOS (ed.), *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, pp. 201-221.
- OLTRA, BENJAMÍN (1976): *Pensar en Madrid. Análisis sociológico de los intelectuales políticos en la España franquista*, Barcelona, Euros.
- PÉREZ EMBID, FLORENTINO (1956): *Nosotros los cristianos*, Rialp, Madrid.
- REDONDO, GONZALO (2005 y 2009): *Política, cultura y sociedad en la España de Franco, 1939-1975*, Tomo II/1 y 2, Pamplona, Eunsa.
- RIDRUEJO, DIONISIO: *Casi unas memorias*, Barcelona, Península, 2007.
- RUIZ CARNICER, MIGUEL ÁNGEL (1996): *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI.
- SAZ, ISMAEL (2003): *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons.
- (2007): «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68, pp. 137-163.
- SESMA, NICOLÁS (2006): *En busca del bien común. Biografía política de José Larraz López (1904-1973)*, Zaragoza, Biblioteca Aragonesa de Cultura.
- (2009): «Camino a la institucionalización. La pugna entre Falange y los sectores tecnócratas en torno al proceso de reforma administrativa de finales de los años cincuenta», documento de trabajo, *Seminario de Historia de la Fundación Ortega y Gasset*, Madrid.
- TUSELL, JAVIER (1984): *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza.
- VARELA, JAVIER (1999): *La novela de España: los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus.
- VÁZQUEZ GARCÍA, FRANCISCO (2009): *La filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*, Madrid, Abada.
- WEBER, MAX (1979) [1922]: *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, FCE.